clave a la patrona de la Congregación, Santa Rosa Lima. Esto porque sor Dolores, si bien fue una mística que caía en éxtasis y tenía visiones, practicaba rigurosas mortificaciones que se inspiraban en la santa americana y la alejaban del modelo teresiano. Dado que prácticamente no se conservan escritos de la santa limeña, la forma como vivió su fe se transmitió a los fieles merced a las hagiografías que circulaban. La editora estima que pudo haber conocido a la santa a través de la primera hagiografía que se escribió sobre ella, la de Fr. Pedro de Loayza, la que, sin embargo, permaneció inédita. Por ello, a la hora de las suposiciones, pensamos en la de Leonardo Hansen, traducida por Jacinto de la Parra, que gozó de gran popularidad y sirvió de inspiración a la serie pictórica sobre la vida de la santa que poseía el convento. Como lo indicábamos, el principal inconveniente a la hora de intentar establecer las influencias en sor Dolores son las escasas referencias a autores que entregan las cartas. A esto se agrega además otro factor, los autores místicos y del recogimiento que, desde la Baja Edad Media hasta la Época Moderna, refieren sus experiencias o entregan guías de oración tienen un lenguaje muy similar, producto de una praxis y base espiritual común, lo que dificulta el poder identificar el aporte específico de cada uno.

Fue una pena que en esta publicación no se haya seguido el criterio editorial de la *Relación Autobiográfica* de Úrsula Suárez, que resultó tan útil al presentar al lector un análisis filológico de la obra junto a un estudio de carácter histórico. De haberse realizado esto último se habría enriquecido la presentación con una perspectiva muy necesaria para una mejor comprensión de este tipo de fuente; se habría dispuesto de una más amplia bibliografía y el aparato crítico habría ganado en referencias que habrían ayudado al lector corriente a captar mejor el contexto en el que se generan los textos.

En suma, considerando el valor de esta obra, esperamos que tenga el mismo éxito nacional e internacional de que ha gozado la *Relación Autobiográfica* de sor Úrsula Suárez, no obstante las diferencias entre una y otra, que van desde la forma hasta el contenido, pasando por la personalidad y compromiso con la fe de ambas religiosas.

RENÉ MILLAR CARVACHO

Pontificia Universidad Católica de Chile

PABLO LACOSTE, *La Mujer y el Vino. Entre el Reino de Chile y el Virreinato del Río de la Plata, 1561-1810*. Mendoza, Caviar Bleu, Editora Andina Sur, 2008, 307 páginas.

Desde las primeras páginas del libro, adivinamos la empatía de este historiador trasandino con el sexo opuesto. Dedicado a sus hijas y a su madre, *La Mujer y el Vino* es un excelente intento de situar a aquellas mujeres olvidadas del período colonial en un lugar justo de los anales de la historia social y la historia económica de una parte de Latinoamérica. En este sentido, *La Mujer y el Vino* es

un sugerente nombre, pero que no reduce el contundente material que Lacoste nos proporciona a través de sus páginas. En un andamiaje entre la vitivinicultura y la mujer en su vida pública y privada, este libro muestra las posibilidades metodológicas de la historiografía actual. Efectivamente, Pablo Lacoste nos demuestra con un exhaustivo despliegue de fuentes y análisis acuciosos de estas, la participación de la mujer en el cultivo, producción, elaboración y comercialización del vino cuyano.

Desde el comienzo, el autor nos propone zafarnos de las ataduras mentales y los lugares comunes que no asignaban papel alguno a la mujer en la economía colonial, para ser protagonistas de escenas de mujeres emancipándose mental y económicamente de sus dominadores a través del vino. Efectivamente, es en este espacio concreto donde la mujer colonial encontró un camino propicio para sobresalir entre las de su género y para obtener movilidad social.

Los espacios temporales y geográficos que Lacoste establece para proseguir con su argumento sorprenden incluso a los más entendidos. No muchos saben que Mendoza y san Juan figuraban administrativamente dentro de la Capitanía General de Chile, hasta el año de la creación del virreinato del Río de la Plata, en 1776. Ambas ciudades formaban parte de la provincia de Cuyo del reino de Chile y constituyeron el principal polo vitivinícola de América Latina en los siglos XVIII y XIX.

Pero las coordenadas temporales son, probablemente, las que más remecen las ideas adquiridas respecto al rol de la mujer en aquella sociedad. Los siglos coloniales son espectadores de los artificios femeninos dentro de un sistema que las limitaba en todo sentido.

A través del estudio de casos, Lacoste va urdiendo las diferentes posibilidades que el sistema, a través de sus fisuras y el ingenio de algunas mujeres, flexibilizó para facilitar algún tipo de surgimiento. Es el caso de doña Melchora Lemos, quien logró ejercer un importante liderazgo entre los suyos. Fue la única mujer propietaria de una pulpería, tenía un molino que era el único de la ciudad y su bodega estaba muy bien equipada. Todo esto despertó celos entre los hombres, especialmente en su hermano mayor, el alcalde Juan Lemos, quien haría lo posible para despojarla de sus bienes y subordinarla a su autoridad. Doña Melchora “había traspasado la frontera del espacio vital de la mujer”. Para presionarla psicológicamente, su hermano Juan levantó una casa de adobes en la propiedad de Melchora e instaló allí un grupo de indios como moradores hostiles. Luego le quitó la bodega y, por último, demolió su molino. A través de este sabroso caso lleno de episodios teñidos de envidias, rabias y celos, el autor abre la discusión hacia aspectos estructurales de las sociedades coloniales y otros más específicos, como las relaciones de los empresarios vitivinícolas con el ámbito de la política, la justicia, las órdenes religiosas y el sistema tributario. El caso nos lleva también a detalles de la vida privada de los protagonistas: por los documentos judiciales sabemos que doña Melchora adoptó a una niña huérfana llamada Dominga, quien se convirtió en el centro de su vida afectiva y emocional. Lacoste aporta que era frecuente entre los empresarios incorporar a la vida cotidiana de sus haciendas a niños que eran huérfanos, hijos ilegítimos o arrimados. Así, la información que proporciona Lacoste

en cada caso es bastante contundente y provista de un análisis a la luz de su hipótesis.

El segundo caso que presenta el libro se sumerge en un escenario de fuertes ribetes emocionales. El autor se atreve con una metodología que aplica cánones psicológicos y culturales actuales para describir y analizar situaciones de antaño, como cuando sugiere que una de sus protagonistas habría vivido apasionadamente, aplicando las definiciones contemporáneas de la siquiatria, a una situación que él considera semejante en la época colonial. Osado y sugerente pero no tan convincente, en la medida que las fuentes que Lacoste utiliza no se caracterizan, precisamente, por la adjetivación ni la preocupación por las implicancias psicológicas de sus determinaciones. Sin embargo, esto no le quita seriedad al análisis empático que él propone con situaciones que, de cualquier forma, llaman la atención del lector contemporáneo: una mujer (Tomasa Ponce de León) que no guarda el período mínimo de luto y duelo que se estilaba entonces y que posteriormente contrae matrimonio con un hombre de rango social inferior y notablemente más joven.

Especialmente revelador del título y de la hipótesis del libro es el capítulo 4, en que se relata el caso de Juana Torres, quien siendo abandonada por su marido, se dedicó a la vitivinicultura. Se relatan sus escuálidas posesiones y variadas actividades, que permiten formarnos un buen panorama de la cultura material de la época. Su caso y el de muchas otras solteras, viudas, separadas y abandonadas demuestra, según Lacoste, que la inmensa mayoría de las viñas se iniciaban a partir de capital modesto o sin nada. Las claves estaban, entonces, en la capacidad para conseguir un pequeño terreno y, fundamentalmente, en el trabajo intenso para plantar y cultivar la viña (p. 159).

La descripción de la cultura material es especialmente fuerte en el capítulo siguiente. La información aquí contenida es sumamente rica por la enumeración y descripción detallada de los objetos de uso cotidiano, como por la propuesta del autor de situar la casa colonial en una trayectoria más amplia: el paso de la casa como espacio público hacia un escenario de vida privada. La casa colonial americana estaría, según Lacoste, en el período de transición de un modelo a otro.

Este es, a mi juicio, uno de los principales aportes de este libro, ya que conecta el desarrollo socioeconómico individual y colectivo, con aspectos específicos de la vida privada, en este caso con el *habitar*, que va lentamente configurándose como una actividad de la esfera privada, aparejada a valores más modernos como el de la privacidad, la sociabilidad y la importancia de la familia nuclear.

Este libro es, para mi gusto, lectura obligatoria para cualquier experto en historia colonial, ya que proporciona información inédita, a la luz de hipótesis y marcos teóricos sólidos. Más aún, por su fácil y amena lectura y la importancia absoluta del producto descrito —el vino— para nuestra cultura nacional, es recomendable para todos aquellos ávidos de leer buenas monografías históricas.

OLAYA SANFUENTES

Pontificia Universidad Católica de Chile